

En esta cuarta y última parte de la teología del cuerpo, se nos invita a reflexionar sobre la importancia de vivir el amor en su plenitud, reconociendo que la belleza es lo que salva al mundo. Jesús nos da la posibilidad de experimentar este amor a través de la unidad con Él, siguiendo el ejemplo de María en su receptividad a la voluntad de Dios. Esta postura de receptividad nos permite abrirnos a una nueva vida, donde la belleza del amor se manifiesta en nuestra entrega total a Dios.

La batalla del corazón entre la pureza y la dureza nos desafía constantemente a purificar nuestros deseos para poder vivir el verdadero amor. Esta lucha requiere de nuestra voluntad y libertad para elegir constantemente el camino hacia esta nueva vida que Jesús nos ofrece. El bautismo nos habilita para ser hijos de Dios, pero es nuestra responsabilidad elegir vivir de acuerdo a este nuevo llamado.

El amor no es solo una decisión, sino una experiencia sensorial que se desarrolla a lo largo del tiempo, permitiéndonos cultivar la virtud y la capacidad de amar de manera ordenada y verdadera. El impulso sexual, cuando está ordenado hacia el bien y la dignidad de la persona amada, nos lleva a experimentar la plenitud del amor y la felicidad a la que todos aspiramos.

El sacramento nos ayuda a crecer en el amor a través de nuestra relación con Dios y la comunidad. Reconocemos nuestro llamado y respondemos libremente a él, madurando en nuestra capacidad de amar y comprometernos en una vocación específica. Ya sea en el matrimonio o en la vida consagrada, buscamos vivir el amor de manera auténtica y plena, orientados hacia el reino de los cielos.

El matrimonio y la virginidad consagrada nos muestran diferentes caminos para vivir el amor y la fecundidad, cada uno con su propio significado y gracia especial. A través de la castidad, salvaguardamos el amor de todo egoísmo y violencia, permitiendo que florezca en su plenitud.

Para lograr vivir el amor de manera auténtica, necesitamos medios indispensables como la oración, los sacramentos, el arrepentimiento y la disciplina personal. Estos nos ayudan a reorientar nuestros impulsos hacia el bien y a liberar la fuerza del amor en nosotros mismos.

En última instancia, el objetivo de todo este plan divino es llevarnos a la felicidad eterna en la comunión con Dios y los demás. Vivir en amor consciente, libre, total, fiel y fecundo nos acerca a la realización de nuestras aspiraciones más profundas y nos prepara para la felicidad sin límites en la eternidad. A través de esta enseñanza de Juan Pablo II, podemos vislumbrar la posibilidad de vivir felices para siempre en el amor de Dios.